EL MÉDICO Á PALOS.

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA:

IMITADA

POR INARCO CELENIO, P. A.

DE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

J. B. MOLIERE

CON EL TÍTULO:

EL MÉDICO POR FUERZA.

MADRID

IMPRENTA DE COLLADO

MDCCCXIV.

JUNTA DELEGA
DEL
TESORO ARTISTI

Libros depositados en
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedenci

PERSONAS.

DON GERONIMO, *hacendado rico.*
DOÑA PAULA, *su hija.*
LEANDRO, *amante de Doña Paula.*
JULIANA, *criada de Don Gerónimo.*
BARTOLO, *leñador.*
MARTINA, *su muger.*
GINES. . . } *Criados de Don Gerónimo.*
LUCAS. . . }

La escena representa, en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular.

EL MÉDICO Á PALOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

BARTOLO, *y despues* MARTINA.

BARTOLO.

¡Válgate Dios, qué duro está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se (1) parte... ¡mucho trabajo es este!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo y me rindo, y no puedo mas... Dexémoslo, y será lo mejor: que ahí se quedará para quando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso, y un cigarrillo: que esta triste vida otro la ha de heredar... Allí viene mi muger. ¿Qué traerá de bueno?

MARTINA.

Holgazan (2) ¿qué haces ahí sentado, fumando, sin trabajar? ¿Sabes

1 Corta leña de un árbol inmediato al foro: dexa despues la hacha arrimada al tronco, se adelanta hácia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y eslabon, enciende un cigarro, y se pone á fumar.

2 Sale por el lado derecho del teatro.

721378

que tienes que acabar de partir esa leña, y llevarla al lugar, y ya es cerca de medio dia?

BARTOLO.

Anda, que si no es hoy será mañana.

MARTINA.

¡Mira qué respuesta!

BARTOLO.

Perdóname, muger. Estoy cansado, y me senté un rato á fumar un cigarro.

MARTINA.

¡Y que yo aguante á un marido tan poltron y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO.

Poco á poco, muger; si acabo de sentarme.

MARTINA.

Levántate.

BARTOLO.

Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA.

Hombre sin vergüenza, sin atender á sus obligaciones. ¡Desdichada de mí!

BARTOLO.

¡Ay! ¡qué trabajo es tener muger! Bien dice Séneca, que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA.

¡Miren qué hombre tan hábil, para traer autoridades de Séneca!

BARTOLO.

¿Si soy hábil? A ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que sepa de memoria el calendario.

MARTINA.

Malhaya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

Haragán, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligacion.

BARTOLO.

Mira, muger, que me vas (1) enfadando.

MARTINA.

¿Y qué cuidado se me dá á mí, insolente?

1 Se levanta desperezándose: encamínase hácia el foro, coge un palo del suelo, y vuelve.

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.

Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.

¿A mí? bribon, tunante, canalla: ¿á mí?

BARTOLO.

¿Sí? Pues (1) toma.

MARTINA.

Ay! ay! ay! ay!

BARTOLO.

Este es el único médio de que calles... Vaya: hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Despues de haberme puesto así?

BARTOLO.

¿No quieres? ¡Si eso no ha sido nada! Vamos.

1 Dá de palos á Martina.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.

BARTOLO.

Malhayan mis manos (1) que han sido causa de enfadar á mi esposa... Vaya, ven: dame un abrazo.

MARTINA.

¡Si rebentáras!

BARTOLO.

Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mia. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó menos no valen nada... Voy hácia el barranquitero, que ya tengo allí una porcion de raices; haré una carguilla, y mañana con la burra la llevaremos á Miraflores (2). Oyes, y dentro de poco hay feria en Buytrago: si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peyneta de concha con sus piedras azules (3).

1 Tira el palo á un lado, y la abraza.

2 Hace que se vá, y se vuelve.

3 Toma la hacha y unas alforjas, y se vá por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado, hablando entre sí.

MARTINA.

Anda, que tú me las pagarás. Verdad es que una muger siempre tiene en su mano el modo de vengarse de su marido; pero es un castigo muy delicado para este bribon, y yo quisiera otro, otro que él sintiera mas, aunque á mí no me agradase tanto.

ESCENA II.

MARTINA, GINES, LUCAS (1).

LUCAS.

Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision... Y no sé yo todavía qué regalo tendremos por este trabajo.

GINES.

¿Qué quieres, amigo Lucas? es fuerza obedecer á nuestro amo; además que la salud de su hija á todos nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... Vaya, todo se lo merece.

LUCAS.

Pero, hombre, fuerte cosa es que los médicos que han ido á visitarla

1 Salen por la izquierda.

no hayan descubierto su enfermedad.

GINES.

Su enfermedad bien á la vista está, el remedio es lo que necesitamos.

MARTINA.

¡Que no (1) pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme!

LUCAS.

Verémos si este médico de Miraflores acierta con ello... Como no hayamos equivocado la senda...

MARTINA.

Pues ello (2) es preciso, que los golpes que me ha dado los tengo en el corazon. No puedo olvidarlos... Pero, señores, perdonen ustedes, que no los habia visto, porque estaba distraida.

LUCAS.

¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

MARTINA.

Sí, señor. ¿Vé usted (3) aquellas tapias caidas junto á aquel nogueron? Pues todo derecho.

GINES.

¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesi-

1 Aparte.
2 Aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.
3 Señalando adentro, por el lado derecho.

ta, y catedrático, y exâminador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA.

¡Ay! sí señor. Curaba en griego; pero hace dos dias que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debaxo de tierra.

GINES.

¿Qué dice usted?

MARTINA.

Lo que usted oye. ¿Y para quién le iban ustedes á buscar?

LUCAS.

Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

MARTINA.

¡Ah! sí. La hija de Don Gerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LUCAS.

¿Qué sé yo? Un mal que nadie lo entiende, del qual ha venido á perder el habla.

MARTINA.

¡Qué lástima! Pues... ¡Ay qué (1) idea me ocurre! Pues mire usted, aquí tenemos el hombre mas sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

1 Aparte con expresion de complacencia.

GINES.

¿De veras?

MARTINA.

Sí señor.

LUCAS.

¿Y en dónde le podemos encontrar?

MARTINA.

Cortando leña en ese monte.

GINES.

Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARTINA.

No señor. Es un hombre estravagante y lunático: va vestido como un pobre patan: hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINES.

Cierto que es cosa admirable, que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algun ramo de locura, mezclada con su ciencia.

MARTINA.

La manía de este hombre es la mas particular que se ha visto. No confesará su capacidad, á ménos que no le muelan el cuerpo á palos; y así les aviso á ustedes, que si no lo hacen, no

conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros quando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINES.

¡Qué estraña locura!

LUCAS.

¿Habráse visto hombre mas original?

GINES.

¿Y cómo se llama?

MARTINA.

Don Bartolo. Fácilmente le conocerán ustedes. Él es un hombre de corta estatura, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrerillo redondo.

LUCAS.

No se me despintará, no.

GINES.

¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA.

¿Curas dice usted? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre muger: ya iban á enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad

en una calle por donde pasaba el entierro. Se acercó, exâminó á la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de, yo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre, cantando el frondoso.

GINES.

¿Es posible?

MARTINA.

Como que yo lo ví. Mire usted, aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues, Señor, llamaron á Don Bartolo: él no queria ir allá; pero mediante una buena paliza lograron que fuese. Sacó un cierto ungüento que llevaba en un pucherete, y con una pluma le fué untando, untando, al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pie, y se fué corriendo á jugar á la rayuela con los otros chicos.

LUCAS.

Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos á buscarle.

MARTINA.

Pero, sobre todo, acuérdense ustedes de la advertencia de los garrotazos.

GINES.

Ya, ya estamos en eso.

MARTINA.

Allí debaxo de aquel árbol hallarán ustedes quantas estacas necesiten.

LUCAS.

¿Sí? Voy por un par de ellas. (1)

GINES.

Fuerte cosa es que haya de ser preciso valerse de este medio.

MARTINA.

Y si no todo será inútil. (2) ¡Ah! otra cosa. Cuiden ustedes de que no se les escape, porque corre como un gamo, y si les coge á ustedes la delantera, no le vuelven á ver en su vida. Pero me (3) parece que viene. Sí, aquel es. Yo me voy: háblenle ustedes, y si no quiere hacer bondad, menudito en él. A Dios, señores.

1 Coge el palo que dexó en el suelo Bartolo; vá hácia el foro; y coge otro; vuelve, y se le dá á Gines.

2 Hace que se va, y vuelve.

3 Mirando hácia dentro á la parte del foro.

ESCENA III.

GINES, LUCAS.

LUCAS.

Fortuna ha sido haber hallado á esta muger. Pero ¿no ves (1) qué traza de médico aquella?

GINES.

Ya lo veo... Mira, retirémonos uno á un lado y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?

LUCAS.

Sí.

GINES.

Y solo en el caso de que absolutamente sea preciso...

LUCAS.

Bien... entónces me haces una seña, y le ponemos como nuevo.

GINES.

Pues apartémonos, que ya llega. (2)

1 Los dos miran hácia el foro.
2 Ocúltanse á los dos lados del teatro.

ESCENA IV.

GINES, LUCAS, BARTOLO. (1)

BARTOLO.

En el alcazar de Venus,
junto al Dios de los planetas,
en la gran Constantinopla,
allá en la casa de Meca:
donde el gran Sultan Baxá,
imperio de tantas fuerzas,
aquel alcorán que todos
le pagan tributo en perlas:
Rey de setenta y tres Reyes,
de siete imperios... (2)
De siete imperios cabeza;
este tal tiene una hija,
que es del imperio heredera. (3)

1 Sale del monte con la hacha y las alforjas al hombro, cantando estos versos; siéntase en el suelo en medio del teatro, y saca de las alforjas una bota.

2 Bebe.

3 Vuelve á beber: va á poner la bota al lado por donde sale Lucas, el qual le hace con el sombrero en la mano una cortesía: Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota va á ponerla al otro lado, á tiempo que sale Ginés, haciendo lo mismo que Lucas. Bartolo pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.

Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? en todo caso la guardarémos, y la arroparémos, porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINES.

¿Es usted un caballero que se llama el señor Don Bartolo?

BARTOLO.

¿Y qué?

GINES.

¿Que si se llama usted D. Bartolo?

BARTOLO.

No, y sí: conforme lo que ustedes quieran...

GINES.

Queremos hacerle á usted quantos obsequios sean posibles.

BARTOLO.

Si así es, yo me (1) llamo D.Bartolo.

LUCAS.

Pues con toda cortesía...

GINES.

Y con la mayor reverencia...

LUCAS.

Con todo cariño, suavidad y dulzura...

1 Quítase el sombrero y le dexa á un lado.

GINES.

Y con todo respeto, y con la veneracion mas humilde...

BARTOLO.

Parecen (1) Arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINES.

Pues, señor, venimos á implorar su auxîlio de usted, para una cosa muy importante.

BARTOLO.

¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINES.

Favor que usted nos hace... Pero cúbrase usted, que el sol le incomodará.

LUCAS.

Vaya, señor, cúbrase usted.

BARTOLO.

Vaya, señores, ya estoy cubierto... (2) ¿Y ahora?

GINES.

No estrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados; y como nosotros nos hallamos noticiosos del so-

1 Aparte.
2 Pónese el sombrero y los otros tambien.

bresaliente talento de usted, y de su....

BARTOLO.

Es verdad: como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS.

Señor...

BARTOLO.

Si ha de ser de encina, no la daré ménos de á dos reales la carga.

GINES.

Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO.

La de pino la daré mas barata. La de raices, mire usted...

GINES.

¡Oh! señor, eso es burlarse.

LUCAS.

Suplíco á usted que hable de otro modo.

BARTOLO.

Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me explico.

GINES.

¡Un sugeto como usted ha de ocuparse en exercicios tan groseros! ¡Un hombre tan sabio, tan insigne médico! ¿no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO.

¿Quién, yo?

GINES.

Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO.

Vaya, que esta gente viene (1) borracha.

LUCAS.

¿Para qué es escusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO.

Pero, en suma, ¿quién soy yo?

GINES.

¿Quién? Un gran médico.

BARTOLO.

¡Qué disparate! ¿No digo que (2) están bebidos?

GINES.

Con que, vamos, no hay que negarlo, que no venímos de chanza.

BARTOLO.

Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.

LUCAS.

Al cabo me (3) parece que será necesario... ¿Eh?

1 Aparte.
2 Aparte.
3 Mirando á Ginés.

GINES.

Yo creo que sí.

LUCAS.

En fin, amigo Don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINES.

Mire usted que se lo decimos por su bien.

LUCAS.

Confiese usted, con mil demonios, que es médico, y acabemos.

BARTOLO.

¡Yo (1) rabio!

GINES.

¿Para qué es fingir, si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO.

Pues digo á ustedes (2) que no soy médico.

GINES.

¿No?

BARTOLO.

No señor.

LUCAS.

¿Con que no?

1 Impaciente.
2 Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban y se le acercan disponiéndose para apalearle.

BARTOLO.

El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINES.

Pues amigo, con su buena licencia de usted, tendrémos que valernos del remedio consabido... Lucas.

LUCAS.

Ya, ya.

BARTOLO.

¿Y qué remedio dice usted?

LUCAS.

Este. (1)

BARTOLO.

¡Ay! ay! ay!.. Basta, que (2) yo soy médico, y todo lo que ustedes quieran.

LUCAS.

Pues bien, ¡para qué nos obliga usted á esta violencia!

GINES.

¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BARTOLO.

El trabajo es para mí que los llevo... Pero, señores, vamos claros. ¿Qué es esto? ¿Es una humorada, ó están ustedes locos?

1 Dánle de palos, cogiéndole siempre las vueltas, para que no se escape.

2 Quitándose el sombrero.

LUCAS.

¿Aun no confiesa usted que es Doctor en medicina?

BARTOLO.

No señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINES.

¿Con que no es usted médico?... Lucas.

LUCAS.

¿Con que (1) no? ¿Eh?

BARTOLO.

Ay! ay! ¡Pobre de mí! Sí que (2) soy médico. Sí señor.

LUCAS.

¿De verás?

BARTOLO.

Sí señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albeytar, y sepulturero, y todo quanto hay que ser.

GINES.

Me alegro (3) de verle á usted tan razonable.

LUCAS.

Ahora sí que parece usted hombre de juicio.

1 Vuelven á darle de palos.
2 Pónese de rodillas, juntando las manos en ademan de súplica.
3 Levántanle cariñosamente entre los dos.

BARTOLO.

¡Maldita sea vuestra alma! (1) ¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

GINES.

No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

BARTOLO.

Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINES.

Certísimo.

BARTOLO.

¿Seguro?

GINES.

Sin duda ninguna.

BARTOLO.

Pues lléveme el diablo si yo sabía tal cosa.

GINES.

¿Pues cómo, siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce?

BARTOLO.

Ah! ah! (2) ah!

GINES.

Un médico que ha curado no sé

1 Aparte.
2 Riyéndose.

quántas enfermedades mortales.

BARTOLO.

¡Válgame (1) Dios!

LUCAS.

Una muger que estaba ya enterrada...

GINES.

Un muchacho que cayó de una torre, y se hizo la cabeza una tortilla...

BARTOLO.

¿Tambien le curé?

LUCAS.

Tambien.

GINES.

Con que, buen ánimo, señor Doctor; se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. Usted estará allí, comido y bebido, y regalado como cuerpo de Rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO.

¿Me traerán en palmitas?

LUCAS.

Sí señor, y acabada la curacion, le darán á usted qué se yo quánto dinero.

BARTOLO.

Pues señor, vamos allá. ¿En pal-

1 Con ironía.

mitas, y qué sé yo quánto dinero?... Vamos állá.

GINES.

Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO.

No: poco (1) á poco. La bota conmigo.

GINES.

Pero, señor, ¡un Doctor en medicina con bota!

BARTOLO.

No importa, venga... Me darán (2) bien de comer y de beber... La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico me volverán á sacudir el vulto; y si lo soy, me le sacudirán tambien... Pero, díganme ustedes: ¿les parece que este trage rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINES.

No hay que afligirse. Antes de presentarle á usted, le vestirémos con mucha decencia.

1 Lucas recoge las alforjas y la hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debaxo del brazo.

2 Apartándose á un lado, medita y habla entre sí. Despues con ellos.

BARTOLO.

Si á lo ménos (1) pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decia mi amo á los enfermos... Saldria del apuro.

GINES.

Mira que se quiere escapar.

LUCAS.

Señor Don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO.

Aquel (2) libro de *sermo sermonis* que llevaba el chico á el aula. ¡Aquel sí que era bueno!

GINES.

Vaya, basta de meditacion.

LUCAS.

¿Será cosa (3) de que otra vez?...

BARTOLO.

¡Qué! no señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos. (4).

1 Aparte.
2 Aparte.
3 En ademan de volverle á dar.
4 Los dos le cogen en medio y se van con él por la izquierda del teatro.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON GERÓNIMO, LUCAS, GINÉS, JULIANA.

DON GERÓNIMO.

¿Con que decís que es tan hábil?

LUCAS.

Quantos hemos visto hasta ahora, no sirven para descalzarle.

GINES.

Hace curaciones maravillosas.

LUCAS.

Resucita muertos.

GINES.

Solo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

DON GERÓNIMO.

Mé dexais aturdido con esa relacion. Ya tengo impaciencia de verle. Vé por él, Ginés.

LUCAS.

Vistiéndose quedaba. Toma la llave, (1) y no te apartes de él.

1 Le dá una llave á Ginés, el qual se va por la puerta del lado derecho.

DON GERÓNIMO.

Que venga, que venga presto.

ESCENA II.

DON GERÓNIMO, JULIANA, LUCAS.

JULIANA.

¡Ay! señor amo! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no harémos nada.

DON GERÓNIMO.

¿Por qué?

JULIANA.

Porque Doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido, eso la conviene: lo demás es andarse por las ramas. ¿Le parece á usted que ha de curarse con ruibarbo y jalapa, y tinturas y cocimientos, y potingues y porquerías, que no sé como no ha perdido ya el estómago? No señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS.

Vamos, calla, no hables tonterías.

DON GERÓNIMO.

La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

JULIANA.

¡Niña! sí, cásela usted y verá si es niña.

DON GERÓNIMO.

Mas adelante no digo que...

JULIANA.

Boda, boda, y aflojar el dote, y...

DON GERÓNIMO.

¿Quieres callar, habladora?

JULIANA.

Allí le (1) duele... Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brevages por la ventana, y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

DON GERÓNIMO.

¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En dónde está ese novio?

JULIANA.

¡Qué presto se le olvidan á usted las cosas! Pues qué ¿no sabe usted que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? ¿No lo sabe usted?

DON GERÓNIMO.

La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenia ocho ó diez años no le he vuelto á ver... Y ya sé que anda por aqui acechando y rondándome la casa; pero como yo le llegue á pillar... Bien que lo mejor será escribir á su tio para que le recoja, y se le lleve á Buitrago, y

1 Aparte.

allí se le tenga. ¡Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! con un mancebito que acaba de salir de la universidad: muy atestada de vinios la cabeza, y sin un quarto en el bolsillo.

JULIANA.

Su tio, que es muy rico, que es muy amigo de usted, que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con el dote que usted dará á su hija, y con lo que...

DON GERÓNIMO.

Vete al instante de aquí, lengua de demonio.

JULIANA.

Allí le (1) duele.

DON GERÓNIMO.

Vete.

JULIANA.

Ya me iré, señor.

DON GERÓNIMO.

Vete, que no te puedo sufrir.

LUCAS.

¡Que siempre has de dar en eso, Juliana! Calla y no desazones al amo, muger, calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados agenos: que al fin y al cabo, el señor

1 Aparte.

es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor, no tiene remedio.

DON GERÓNIMO.

Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS.

El médico viene.

ESCENA III.

BARTOLO, GINES *y dichos.*

GINES.

Aquí (1) tiene usted, señor Don Gerónimo, al estupendo médico, al Doctor infalible, al pasmo del mundo.

DON GERÓNIMO.

Me alegro (2) mucho de ver á usted y de conocerle, señor Doctor.

BARTOLO.

Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

DON GERÓNIMO.

¿Hipócrates lo dice?

1 Salen por la derecha Gines y Bartolo; éste vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos, y baston.

2 Se hacen cortesías uno á otro, con el sombrero en la mano.

BARTOLO.

Sí señor.

D. GERÓNIMO.

¿Y en qué capítulo?

BARTOLO.

En el capítulo de los sombreros.

D. GERÓNIMO.

Pues si lo dice (1) Hipócrates, será preciso obedecer.

BARTOLO.

Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

D. GERÓNIMO.

¿Con quién habla usted?

BARTOLO.

Con usted.

D. GERÓNIMO.

¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.

¿Nó?

D. GERÓNIMO.

No señor.

BARTOLO.

¿Nó? pues ahora (2) verás lo que te pasa.

D. GERÓNIMO.

¿Qué hace usted, hombre?

1 Los dos se ponen el sombrero.
2 Arremete hacia él con el baston levantá-

BARTOLO.

Yo te haré que seas médico á palos, que así se gradúan en esta tierra.

D. GERÓNIMO.

Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habeis traido aquí?

GINÉS.

¿No le dixe á usted que era muy chancero?

D. GERÓNIMO.

Sí, pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS.

No le dé á usted cuidado. Si lo hace por reir.

GINÉS.

Mire usted, señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que usted ha de curar.

BARTOLO.

¿El señor es su padre? ¡Oh! perdone usted, señor padre, esta libertad que...

D. GERÓNIMO.

Soy de usted.

do, en ademan de darle de palos. Huye Don Gerónimo: los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.

BARTOLO.

Yo siento...

D. GERÓNIMO.

No, no ha sido nada... Maldita (1) sea tu casta!... Pues, señor, vamos (2) al asunto. Yo tengo una hija muy mala...

BARTOLO.

Muchos padres se quexan de lo mismo.

D. GERÓNIMO.

Quiero decir, que está enferma.

BARTOLO.

Ya, enferma.

D. GERÓNIMO.

Si señor.

BARTOLO.

Me alegro mucho.

D. GERÓNIMO.

¿Cómo?

BARTOLO.

Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y oxalá que usted, y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y su alivio.

1 Aparte.

2 Saca la caxa, se la presenta á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.

D. GERÓNIMO.

Viva usted mil años, que yo le estimo su buen deseo.

BARTOLO.

Hablo ingenuamente.

D. GERÓNIMO.

Ya lo conozco.

BARTOLO.

¿Y cómo se llama su niña de usted?

D. GERÓNIMO.

Paulita.

BARTOLO.

¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... ¿Y esta doncella, quién es?

D. GERÓNIMO.

Esta doncella es (1) muger de aquel.

BARTOLO.

¡Oyga!

D. GERÓNIMO.

Si señor... Voy á hacer que salga aquí la chica para que usted la vea.

JULIANA.

Durmiendo quedaba.

D. GERÓNIMO.

No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

1 Señalando á Lucas.

GINÉS.

Allá voy. (1)

ESCENA IV.

BARTOLO, JULIANA, LUCAS.

BARTOLO.

¿Con que usted es muger (2) de ese mocito?

JULIANA.

Para servir á usted.

BARTOLO.

¡Y qué frescota es! Y qué... Regocijo da el verla... ¡Hermosa boca tiene!... ¡Ay! qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa!... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos mas habladores, ni mas traviesos.

LUCAS.

¡Habrá demonio (3) de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito!... Vaya, señor Doctor, mude usted de conversacion, porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se

1 Vanse los dos por la izquierda.
2 Se acerca á Juliana, con ademanes y gestos expresivos.
3 Aparte.

pone usted á decir arrumacos á mi muger? Yo no sé cómo (1) no cojo un garrote, y le...

BARTOLO.

Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Quántas veces me han de exâminar de médico?

LUCAS.

Pues, cuenta con ella.

JULIANA.

Yo rebiento (2) de risa.

ESCENA V.

D. GERÓNIMO, DOÑA PAULA, GINÉS *y dichos.*

D. GERÓNIMO.

Anímate, hija mia, que yo confio en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor Doctor. Ola, arrimad (3) sillas.

1 Mirando por el teatro si hay algun palo Bartolo le detiene.

2 Encaminándose á recibir á Doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con Don Gerónimo y Ginés.

3 Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona, entre Bartolo y su padre. Los criados detrás, en pie.

BARTOLO.

¡Con que ésta es su hija de usted?

D. GERÓNIMO.

No tengo otra, y si se me llegára á morir, me volvería loco.

BARTOLO.

Ya se guardará muy bien. ¿Pues qué no hay mas que morirse sin licencia del médico? No señor, no se morirá... Vean ustedes aquí una enferma que tiene un semblante capaz de hacer perder la chaveta al hombre mas tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro á usted... ¡Bonita cara tiene!

DOÑA PAULA.

Ah! ah! ah!

D. GERÓNIMO.

Vaya, gracias á Dios que se rie la pobrecita.

BARTOLO.

¡Bueno! ¡Gran señal! Quando el médico hace reir á las enfermas, es linda cosa... Y bien, ¿qué la duele á usted?

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá, bá!

BARTOLO.

¿Eh? ¿Qué dice usted?

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá.

BARTOLO.

Bá, bá, bá, bá. ¿Qué diántre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

D. GERÓNIMO.

Pues ese es su mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted que desconsuelo para mí.

BARTOLO.

¡Qué boberia! Al contrario, una muger que no habla es un tesoro. La mia no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaria muy bien de curarla.

D. GERÓNIMO.

Á pesar de eso, yo le suplíco á usted que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO.

Se la aliviará, se le quitará: pierda usted cuidado. Pero es curacion que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

D. GERÓNIMO.

Sí señor, con bastante apetito.

BARTOLO.

¡Malo!.. ¿Duerme?

JULIANA.

Sí, señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO.

¡Malo!... Y la cabeza ¿la duele?

D. GERÓNIMO.

Ya se lo hemos preguntado varias veces: dice que no.

BARTOLO.

¿No? ¡Malo!... Venga el pulso... Pues, amigo, este pulso indica... ¡Claro! está claro.

D. GERÓNIMO.

¿Qué indica?

BARTOLO.

Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

D. GERÓNIMO.

¿Secuestrada?

BARTOLO.

Sí por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

D. GERÓNIMO.

¿Pero de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.

Este accidente ha podido proceder y procede (según la mas recibida

opinion de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora Doña Paulita el uso expedito de la lengua.

D. GERÓNIMO.

¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS.

¿No se lo diximos á usted?

JULIÁNA.

Pues á mí me parece un macho.

LUCAS.

Calla.

D. GERÓNIMO.

Y en fin ¿qué piensa usted que se puede hacer?

BARTOLO.

Se puede y se debe hacer... El pulso... (1) Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué dixo?

BARTOLO.

Cosas divinas... La otra... (2) Á ver la lengüecita... ¡Ay! qué monería!... Dixo... ¿Entiende usted el latin?

1 Tomando el pulso á Doña Paula.

2 La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.

D. GERÓNIMO.

No señor, ni una palabra.

BARTOLO.

No importa. Dixo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, nemine parco, Amarylida sylvas.* Que quiere decir que esta falta de coagulacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos... humores acres, proclives, espontaneos, y corrumpentes. Porque como los vapores que se elevan de la region... ¿Están ustedes?

JULIANA.

Sí señor, aquí estamos todos.

BARTOLO.

De la region lumbrar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazon, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo: de aquí es, segun la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria) que la malignidad de dichos vapores... ¿Me explico?

D. GERÓNIMO.

Sí señor, perfectamente.

BARTOLO.

Pues como digo: supeditando di-

chos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo, doces, docere, docui, doctum. Papatus manus tulit Archidiaconus unus: ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua...* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

D. GERÓNIMO.

Quanto hay que decir.

GINES.

¡Es mucho hombre éste!

D. GERÓNIMO.

Solo he notado una equivocacion en lo que...

BARTOLO.

¿Equivocacion? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

D. GERÓNIMO.

Creo que dixo usted que el corazon está al lado derecho y el hígado al izquierdo, y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.

¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con estas vejeces? Sí señor, antiguamente así suce-

dia ; pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

D. GERÓNIMO.

Perdone usted si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.

Ya está usted perdonado. Usted no sabe latin, y por consiguiente está dispensado de tener sentido comun.

D. GERÓNIMO.

¿ Y qué le parece á usted que deberemos hacer con la enferma ?

BARTOLO.

Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas... Bien que eso yo mismo lo haré... Y despues tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

JULIANA.

¡Qué disparate!

D. GERÓNIMO.

¿ Y para qué es buena la sopa en vino ?

BARTOLO.

¡Ay! amigo, y ¡qué falta le hace á usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud

simpática que simpatiza y absorve el texido celular, y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

D. GERÓNIMO.

Pues no lo sabia.

BARTOLO.

Si usted no sabe nada.

D. GERÓNIMO.

Es verdad que no he estudiado, ni...

BARTOLO.

¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted como á los loros los atracan de pan mojado en vino?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les dá, y para que hable se lo daremos tambien á Doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

D. GERÓNIMO.

Algun angel le ha traido á usted á mi casa, señor Doctor. Vamos, hijita, que ya querrás descansar... Al instante vuelvo, señor Don... ¿Cómo es su gracia de usted?

BARTOLO.

Don Bartolo.

D. GERÓNIMO.

Pues así que la dexe acostada (1) seré con usted, señor Don Bartolo... Ayuda aquí, Juliana... Despacito.

BARTOLO.

Taparla bien, no se resfrie. Á Dios, señorita.

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá, bá.

D. GERÓNIMO.

Lucas, (2) ve al instante y adereza el quarto del señor: bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofayna, la tohalla, en fin, que no falte cosa ninguna... ¿Estás?

LUCAS.

Sí (3) señor.

D. GERÓNIMO.

Vamos, hija (4) mia.

BARTOLO.

Yo sudo... En mi vida me he visto

1 Se levantan los tres.

2 Hace que se va acompañando á Doña Paula, y vuelve á hablar aparte con Lucas.

3 Vase por la puerta de la derecha.

4 Vanse D. Gerónimo, Doña Paula, Juliana y Ginés, por la puerta de la izquierda.

mas apurado... ¡Si es imposible que esto pare en bien, imposible !... Veré si ahora, que todos andan por allá adentro, puedo... Y si no, mal estamos... En las espaldas siento una desazon que no me dexa... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir. (1)

ACTO TERCERO,

ESCENA I.

BARTOLO, (2) *y despues* D. GERÓNIMO.

BARTOLO.

Pues señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de la compostura del quarto, no se mueve de allí... ¡Ay! (3) pobre Bartolo... Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

D. GERÓNIMO.

No (4) ha habido forma de poderle reducir á que se acueste. Ya la es-

1 Vase por la parte del lado derecho.
2 Sale sin sombrero ni baston por la derecha.
3 Paseándose inquieto por el teatro.
4 Sale por la izquierda.

tán preparando la sopa en vino que usted mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar: el resultado será felicísimo.

D. GERÓNIMO.

Usted, amigo D. Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un Príncipe; y entretanto, quiero que tenga usted (1) la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO.

No se hable de eso.

D. GERÓNIMO.

Hágame usted este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de esta materia.

D. GERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

D. GERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

1 Saca la bolsa y toma de ella algunos escuditos.

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

Vaya, una (1) vez que son de los nuevos los tomaré.

D. GERÓNIMO.

Ahora bien: quede usted con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

LEANDRO (2), BARTOLO.

LEANDRO.

Señor Doctor, yo vengo á implorar su auxîlio de usted y espero que...

BARTOLO.

Veamos el pulso... Pues (3) no me gusta nada... ¿Y qué siente usted?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que usted me cure: si yo no padezco ningun achaque.

1 Los toma y se los guarda.

2 Sale por la puerta de la derecha, recatándose.

3 Tomándole el pulso, con gestos de displicencia.

BARTOLO.

¿Pues á que diablos (1) viene usted?

LEANDRO.

Á decirle á usted, en dos palabras, que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me (2) da á mí de que usted se llame Leandro, ó Juan de las viñas?

LEANDRO.

Diré á usted. Yo estoy enamorado de Doña Paulita: ella me quiere; pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á usted, que me proporcione una ocasion, un pretexto para hablarla, y...

BARTOLO.

Que es decir en castellano, que yo haga de alcahuete. ¡Un (3) médico! ¡Un hombre como yo!... Quítese usted de ahí.

LEANDRO.

Señor...

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballerito!

1 Con despego.
2 Alzando la voz. Leandro le habla en tono baxo y misterioso.
3 Irritado, y alzando mas la voz.
4 Se pasea inquieto.

LEANDRO.

Calle usted, señor, no grite usted.

BARTOLO.

Quiero gritar... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO.

Por Dios, señor Doctor.

BARTOLO.

¿Yo alcahuete? Agradezca (1) usted que...

LEANDRO.

¡Válgame Dios, que hombre... Probemos (2) á ver si...

BARTOLO.

¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome usted... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO.

¿Qué errar? ¡Un sugeto como usted! ¡Qué disparate! Vaya, con que...

1 Se pasea inquieto.

2 Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo, se le pone en la mano: él le toma, le guarda, y baxando la voz, habla confidencialmente con Leandro.

LEANDRO.

Pues señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma: han venido varios médicos á visitarla, la han recetado quantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir, y por último ostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á usted?

LEANDRO.

No señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á usted? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

¡Oh! De eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa. Juliana está en el secreto: su marido si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con Doña Paulita.

LEANDRO.

¿De verás?

BARTOLO.

Quando yo lo digo.

LEANDRO.

¿Sería posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á usted que sí? Le casaré á usted con ella, con su padre, y con toda su parentela... Yo diré que es usted... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á usted cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿Con que no es usted médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han exâminado de un modo particular; pero con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es, que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está; y espero que usted... (1)

BARTOLO.

Vaya usted con Dios.

ESCENA III.

JULIANA (2) BARTOLO, *y despues* LUCAS.

JULIANA.

Señor médico: me parece que la enferma le quiere dexar á usted desayrado, porque...

BARTOLO.

Como no me desayres tú, niña de mis ojos, lo demas importa seis maravedís; y como yo te cure á tí, mas

1 Vase por la puerta de la derecha.
2 Sale por la izquierda.

que se muera (1) todo el género humano.

JULIANA.

Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO.

Pues mira, lo mejor será curar á tu marido... ¡Qué bruto es, y qué zeloso tan impertinente!

JULIANA.

¿Qué quiere usted? cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO.

¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gaznápiro este cuerpecito (2) gracioso.

LUCAS.

¿No le he dicho á usted, señor Doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho á usted?

BARTOLO.

Pero, hombre, si aquí no hay malicia, ni...

1 Sale por la derecha Lucas: va acercándose detras de Bartolo y escucha.

2 Se encamina á ella con los brazos abiertos, con ademan de abrazarla. Juliana se va retirando; Lucas agachándose pasa por debaxo del brazo derecho de Bartolo, vuelvese de cara hácia él, y quedan abrazados los dos. Juliana se va riendo por la puerta del lado izquierdo.

LUCAS.

Vete tú de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á usted la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO.

Pues ya se vé que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado (1) conmigo... ¡Se habrá visto mico mas enredador!

ESCENA IV.

D. GERÓNIMO (2), BARTOLO, LUCAS, *y despues* LEANDRO.

D. GERÓNIMO.

¡Ay amigo D. Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse aunque la vea usted agonizando: no hay que afligirse, que

1 Le da un embion al tiempo de desasirse de él.

2 Sale por la izquierda.

aquí estoy yo... Digo (1), Don Casimiro, Don Casimiro.

LEANDRO.

Señor. (2)

BARTOLO.

Don Casimiro.

LEANDRO.

¿Que manda (3) usted?

D. GERÓNIMO.

¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.

Un excelente didascálico... Boticario que llaman ustedes... Eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, abstringentes, dialécticas, pirotécnicas, y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

D. GERÓNIMO.

Mire usted que decaida está.

BARTOLO.

No importa, va á sanar muy pronto.

1 Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.

2 Desde adentro.

3 Sale.

ESCENA V.

DOÑA PAULA, (1) JULIANA, GINES *y dichos.*

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien, y luego hablaremos.

D. GERÓNIMO.

¿Con que en efecto (2) es mozo de habilidad? ¿Eh?

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolis de perfecto amor y de leche de viejas, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece á usted que le he hecho venir?

D. GERÓNIMO.

Ya lo supongo. Quando usted se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO.

¡Qué ha de ser rana! No señor. Si es un hombre que se pierde de vista.

1 Salen por la puerta de la izquierda.

2 Va Leandro, y habla en secreto con Doña Paula, haciendo que la pulsa. Juliana tercia en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y Don Gerónimo, y á otro Gines y Lucas.

DOÑA PAULA.

Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. GERÓNIMO.

¿Qué? Si (1) será ilusion mia... ¿Ha hablado, Juliana?

JULIANA.

Sí señor, tres ó quatro palabras ha dicho.

D. GERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija (2) mia! ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera querido yo ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacía.

D. GERÓÑIMO.

¿Con que, Paulita, hija, ya (3) puedes hablar, es verdad? vaya, dí alguna cosa.

GINES.

Aquí (4) me parece que hay gato encerrado... ¿Eh?

1 Volviéndose hácia donde está su hija.

2 Abraza á Doña Paula, y vuelve lleno de alegría hácia Bartolo, el qual se pasea lleno de satisfaccion.

3 Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.

4 Aparte á Lucas.

LUCAS.

Tú calla, y déxalo estar.

DOÑA PAULA.

Sí, padre mio, he recobrado el habla para decirle á usted que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

D. GERÓNIMO.

Pero, sí...

DOÑA PAULA.

Nada puede cambiar mi resolucion.

D. GERÓNIMO.

Es que...

DOÑA PAULA.

De nada servirá quanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso, sin escusas ni dilaciones.

D. GERÓNIMO.

Pero, hija mia, el tal Leandro es un pobreton.

DOÑA PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

D. GERÓNIMO.

¡Pero qué borboton de palabras la ha venido de repente á la boca!.. Pues, hija mia, no hay que cansarse. No será.

DOÑA PAULA.

Pues cuente usted con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.

D. GERÓNIMO.

¡Qué es lo que (1) me pasa! Señor Doctor, hágame usted el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente, por servirle á usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

D. GERÓNIMO.

Lo estimo infinito... Pero, piensas (2) tú, hija inobediente, qué...

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déxela usted que vaya á coger un rato el ayre por el jardin, y verá usted como poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya usted á acompañarla, Don Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

1 Moviéndose de un lado á otro, con agitaciones y cólera. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Juliana.

2 Encaminándose hácia Doña Paula. Bartolo le contiene.

LEANDRO.

Como usted mande, señor Doctor. Vamos, Señorita.

DOÑA PAULA.

Vamos enhorabuena.

D. GERÓNIMO.

Id vosotros (1) tambien.

ESCENA VI.

D. GERÓNIMO, BARTOLO.

D. GERONIMO.

¡Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenia quando enmudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alexandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente: quedáronse trasconejadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vácie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

1 A Lucas y Ginés, los quales, con Doña Panla, Leandro y Juliana, se van por la puerta del foro.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dice usted? Pues me (1) convence esa reflexîon.

BARTOLO.

¡Oh! y si usted supiera un poco de numismática, lo entendería mucho mejor... Venga un polvo.

D. GERÓNIMO

¿Con que luego que haya desocupado....

BARTOLO.

No lo dude usted... Es una evacuacion, que nosotros llamamos *tricolos tetrastrofos*.

ESCENA VII.

LUCAS, JULIANA, GINES, (2) *y dichos.*

GINES.

Señor amo.

LUCAS.

Señor Don Gerónimo... ¡Ay! ¡qué desdicha!

JULIANA.

¡Ay! ¡amo mio de mi alma! que se la llevan.

1 Saca la caxa Don Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.

2 Van saliendo todos tres por la puerta del foro.

D. GERÓNIMO.

¿Pero qué se llevan?

LUCAS.

El boticario, no es boticario.

GINES.

Ni se llama Don Casimiro.

JULIANA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! ¿Y vosotros, brutos, habeis dexado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

D. GERÓNIMO.

Y este pícaro de médico...

BARTOLO.

Me (1) parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

D. GERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

1 Aparte, lleno de miedo.

JULIANA.

Ahí habia una larga de tender la ropa.

LUCAS.

Sí, sí, ya sé donde está. Voy por ella. (1)

D. GERÓNIMO.

Me las ha de pagar... ¿Pero hácia dónde se fuéron? ¡Válgame Dios!

JULIANA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardin que sale al campo.

LUCAS.

Aquí está la soga.

D. GERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de pies y manos al Doctor, aquí en esta silla... Pero (2) me le habeis de ensogar bien fuerte.

GINES.

Pierda usted cuidado. Vamos, (3) señor D. Bartolo.

D. GERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona....

1 Váse por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.

2 Bartolo quiere huir, y Lucas y Gines le detienen.

3 Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.

Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana, sin falta ninguna, este pícaro médico ha de morir ahorcado... Juliana, anda, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdais (1) de vista á ese perro.

ESCENA VIII.

BARTOLO, LUCAS, GINES, *y despues* MARTINA.

GINES.

Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS.

¿Y no sabes que el amiguito éste habia dado en la gracia de decir chicoleos á mi muger?

GINES.

Anda, que ya las va á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien así?

1 Se va Don Gerónimo por la derecha y Juliana por la izquierda, Lucas y Gines siguen atando á Bartolo.

GINES.

Perfectamente.

MARTINA.

Dios (1) guarde á ustedes, señores.

LUCAS.

¡Calle, qué está usted por acá! ¿Pues qué buen ayre la trae á usted á esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: míralo, aquí le tienes.

MARTINA.

¡Ay! hijo de (2) mi alma!

LUCAS.

¡Oyga! ¿con que esta es la médica?

GINES.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del Doctor.

LUCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Que está usted ahí diciendo?

1 Sale por la puerta de la derecha.
2 Abrazándose con Bartolo.

BARTOLO.

Sí, hija mia, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

¿Pero por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme Protomédico, han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

D. GERÓNIMO (1), *despues* JULIANA *y dichos.*

D. GERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores;

8 Sale por la puerta de la derecha, y Juliana por la izquierda.

esta noche sin falta vendrá la justicia, y cargará con este bribon... ¿Y tú qué has hecho, los has visto?

JULIANA.

No señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. GERÓNIMO.

Ni yo tampoco... He preguntado, y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme (1) loco... ¿Adónde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo?

ESCENA ULTIMA.

DOÑA PAULA, (2) LEANDRO *y dichos.*

LEANDRO.

Señor Don Gerónimo.

DOÑA PAULA.

Querido padre.

D. GERÓNIMO.

¡Qué es esto, picarones, infames!

LEANDRO.

Esto es (3) enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buytra-

1 Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.

2 Salen los dos por la puerta del lado derecho.

3 Se arrodillan á los pies de Don Gerónimo.

go y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tio no desaprueba este matrimonio; pero lo hemos reflexîonado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de usted: que esto no sería decoroso, ni á su honor, ni al mio; quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta á hacer lo que usted le mande; pero le advierto, que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

D. GERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado, y no puedo...

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de usted.

D. GERÓNIMO.

Su dinero (1) de usted, su dinero

1 Alterándose.

de usted. ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, Señor, si por eso mismo se le dice á usted que no le pediremos nada.

D. GERÓNIMO.

Ni un maravedí.

DOÑA PAULA.

Ni medio.

D. GERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO.

Mi tio. ¿Pues no ha oído usted que aprueba este casamiento? ¿qué mas he de decirle?

D. GERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO.

Sí señor, yo soy su heredero.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

¡Ay! no señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un dia á otro...

D. GERÓNIMO.

Vaya, vamos. ¡Qué le hemos de hacer! Con (1) que... Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.

Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA.

Usted nos hace (2) completamente felices.

BARTOLO.

¿Y á mí quién me hace felíz? ¿No hay un cristiano que me desate?

D. GERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

¿Pues quién le ha (3) puesto á usted así, médico insigne?

BARTOLO.

Sus pecados de usted, que los mios no merecen tanto.

DOÑA PAULA.

Vamos, que todo se acabó, y no-

1 Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.

2 Despues de besar la mano á Don Gerónimo, corre llena de alegría adonde está Juliana, y se abrazan.

3 Desatan los criados á Bartolo.

sotros sabremos agradecerle á usted el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¡Marido (1) mio! sea enhorabuena, que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que á mí me debes la borla de Doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO.

¿A tí? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Sí por cierto. Yo dixe que eras un prodigio en la medicina.

GINES.

Y yo, porque ella lo dixo, lo creía.

LUCAS.

Y yo lo creí, porque lo dixo ella.

D. GERÓNIMO.

Y yo, porque estos lo dixeron, lo creí tambien, y admiraba quanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de Doctor, no por lo que

1 Se abrazan Martina y Bartolo.

efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demás.

FIN.